



Montería de jabalíes con horquilla.

DE LA CAZA EN LA CORTE DE FELIPE IV.

Juan Mateos, ballestero de Felipe IV, en su tratado del «Orfígen y dignidad de la caza», impreso en Madrid en 1634, manifiesta que á la sazón había cuatro géneros de cazadores: —1.º los monteros, —2.º los ballesteros, —3.º los cazadores, —y 4.º los chucheros.

«Monteros (dice) son los que saben matar el gamo desde la atalaya, y el javalí, y el lobo, y el venado, y la zorra; y los que saben y alcanzan por experiencia dónde pare la loba, y matan en los panes y bañiles al javalí, y en otras partes donde se ofrece; conciertan el javalí, cárganle las telas, y dan modo por dónde han de ir los carros, y el que han de tener para que no se les levante: saben ordenar la contratela para restringirlo y traerlo á donde Sus Majestades se huelguen.

«Ballesteros se llaman los que saben concertar un javalí, y después de concertado saben, según su instinto natural por dónde ha de salir para matarlo á la noche, y saber lo que hace el javalí ballesteado, para poderlo así matar en las aguas como en los panes, y en las demas partes que hallare que comer: saben también matar los venados, gamos y corzos de las atalayas, hacer batidas para lobos, y conocer los pasos de los javalíes, en dando vuelta á la tierra, por causas que hay para ello. Asimismo es oficio suyo ballestar con el caballo á lazo y estribo, y saber cómo se mata cualquier género de caza y el instinto natural della; y á quien no tiene experiencia desto, ni sabe lo que aquí va referido, no se le debe dar título de balletero.

«Cazador se llama el que caza con perro de muestra, y mata la perdiz al suelo y volando, y con el perdigon enjaulado; y en el agua con la red, y en cebaderos, y el que la mata con el hueyezuelo metiéndola en una red que se llama butron, el que la mata con una cabra fingida, que la hace un hombre con sus cuernecillos y una cencerrilla: también se mata con una calderuela de noche, con perros de ogeo y con perros de encaramo. Y el que mata los conejos á hurto, y el que los mata al chillo, y á la esperadilla conejos y liebres; y el que los mata con perros conejeros, con lazos, y en las aguas, con el arcabuz y ballesta. También los matan en Castilla la Vieja con garrotillos; y el que mata las palomas con señuelos con arcabuz y ballesta; y el que las mata con el arcabuz andando á la yerba, y el agua con red; y el que mata con buey todo género de caza. Todos estos tienen nombre de cazadores.

«Chucheros.... son los que matan con alares, y con los ornuelos las perdices y palomas; los que toman pajarillos con liga y con oncejeras, y con ballestilla, y redcillas y otros instrumentos de este género.»

El mismo autor, en otra parte de su obra citada, trata de los modos de cazadores que Su Majestad el Rey Nuestro Señor don Felipe IV tiene, haciéndolo en estos términos. «Por la Casa de Castilla tiene la montería, donde hay un montero mayor que siempre lo es un gran señor, con su teniente, 4 monteros de á caballo, 4 de trailla, 28 monteros que llaman mozos de lebreles y de ventores, un capellan que cuida de decirles misa, un alguacil á cuyo cargo está el aposentar la montería cuando sa-

21 DE SETIEMBRE DE 1856.

•le fuera, y de hacerlos traer bastimento y maherir los carros para las *telas* por los lugares comarcanos. Y esta montería solo sirve para cuando hay cazas que son necesarias *telas*.

•En cuanto á la ballestería es por la Casa de Borgoña; y el jefe de los ballesteros es el *caballerizo mayor*. Y cuando el Rey ha de ir á caza, el primer caballerizo envía la orden á la *caballeriza* y *palafrenero principal* della, á quien se la dan, envía á avisar á los ballesteros con la orden que le han dado. Los ballesteros son 4; y demas destos cuatro hay uno que carga el arcabuz, con su ayuda. Hay 4 *mozos de trailla* en cuyo poder están los sabuesos para que cuiden dellos y los lleven al campo. Y cuando el Rey está en el campo, le toca el mandar lo necesario á su servicio, tocante á la caza, al que tiene la plaza de *armar la ballesta*; y á falta deste le toca al mas antiguo.

•Tambien tiene caza de volatería con su *cazador mayor*, que asimismo lo es siempre un gran señor, y su *teniente*; y *capellán*, y *alguacil*. — Este es *gremio* aparte, y tambien es de la casa de Castilla como la de los monteros; que estas dos cazas las usaron los reyes antiguos de Castilla; y así tienen los unos y los otros grandes privilegios, y todos son oficios muy honrados.

Felipe IV, rey muy aficionado á la montería de jabalíes, dió varias veces á su corte una especie de diversion, usada ya en tiempo de Felipe III, y cuya idea, segun D. Gregorio de Tapia y Salcedo en su obra titulada «Ejercicios de la Gineta», vino á España de Flandes.

Llamábanla «montería de jabalíes con horquilla», y está representada en el dibujo que va á la cabeza de este artículo, copiado de una lámina grabada en Madrid en 1634, y publicada por el mencionado Juan Mateos en su citada obra.

Acostumbrábase á tenerla en el Pardo, asistiendo como espectadores la Reina, sus damas, y otras personas de la corte.

Hacíase á este efecto una especie de plaza pequeña y redonda, cuyo perímetro se formaba plantando una serie de estacones, á los cuales se ataban fuertes telas de lienzo de un estado de alto. Esta plaza denominada *contratela*, tenia en uno de sus lados una puerta tambien de tela, en la cual terminaba una especie de calle larga, hecha del mismo modo que la *contratela* y puerta, y cuya entrada se hallaba en el bosque á una considerable distancia, sobre todo desde que el Conde-duque de Olivares hizo traer de Flandes tanta tela, que con ella se cargaban 20 carros y se cogia medio monte.

El día en que se habia de dar la fiesta, despues de saberse donde habia jabalíes, se tomaba el monte con las telas que al efecto se llevaban en carros traídos de los pueblos circunvecinos. Entraban en la *contratela* los coches con la Reina y sus damas, y á caballo el Rey y sus criados. Luego, por medio de batidas se obligaba á los jabalíes á entrar en el *estrecho* ó calle de telas, y despues, persiguiéndolos en la misma forma, se les hacia ir hasta dentro de la *contratela*: cerrábase la puerta de esta, y el rey y los cortesanos montados á la *gineta*, que era, entre otras cosas, con estribos cortos, lidiaban al jabalí con una horquilla, haciendo muchas y variadas suertes, y deteniéndole en su acometida poniéndole la horquilla sobre el hocico y enganchándole con ella los colmillos.

Esta diversion que en el lenguaje de hoy llamaríamos *corridos de jabalíes*, se hacia con los mejores caballos, con trajes y arreos de campo, y con espuelas pequeñas.

Las horquillas eran de dos clases; unas y otras de pino limpio, es decir sin nudos, y todas de dos varas y tercia de largo contando la horquilla, á la cual iba pegada la virola de dos dedos de largo en que asentaba. La diferencia entre ambas clases consistia, en tener esta última pieza las unas de hierro, y las otras de pino de la misma forma y tamaño que la de hierro: — las primeras eran las de que usaban el Rey y los grandes; — y las segundas las que se daban á los caballeros á quienes se permitia entrar en la *contratela*. El hasta de la horquilla á veces se cubria de badana de color pajizo ó verde.

Al montero mayor, que estaba al frente de su compañía de monteros, le correspondia dar la horquilla á Su Majestad.

Las telas servian, mas para impedir á los jabalíes ver el si-

tio por donde podian huir, que para detenerlos con su fuerza; porque muchas veces se los vió romperlas y escaparse de la *contratela*.

Esta especie de diversion no se popularizó, probablemente por la dificultad de procurarse los *bichos* para la *lidia*.

MANUEL DE ASSAS.

LA LENGUA SANSKRITA EN ESPAÑA (1).

Dias pasados dijimos tener entendido que iba á establecerse en la Universidad Central una cátedra de lengua sanscrita; hoy podemos asegurarlo, habiendo visto la real orden de 27 de junio, en virtud de la cual dará principio á esta enseñanza en el próximo curso académico, el señor don Manuel de Assas.

Muy digna de elogio creemos esta disposicion superior que tiende á enriquecer con tan útiles conocimientos la facultad de letras, introduciendo en España un estudio hasta hoy desconocido entre nosotros. Por otra parte, no podemos menos de congratularnos con el señor de Assas, que ha tenido la suerte de inaugurar esta enseñanza en el Ateneo, y que, sin duda alguna, debe encontrarse en la Universidad rodeado de lo mas selecto de nuestra juventud estudiosa.

La lengua sanscrita, lengua sabia de la India oriental, puede decirse que es un descubrimiento moderno, al menos para los europeos, para quienes fué completamente ignorada hasta fines del pasado siglo. Estudiada y explicada primeramente por literatos ingleses, ha encontrado mas tarde en Alemania numerosos investigadores, que la consideran, bajo el aspecto gramatical y lógico, como la mas perfecta de las lenguas conocidas. Sus declinaciones y conjugaciones son mas regularmente formadas, mas ricas y de mayor variedad que las griegas; y sus reglas de eufonia, las derivaciones y composicion de sus palabras, atestiguan un sentido y un arte gramatical admirables.

Esta lengua, segun las noticias que de ella tenemos, no solamente es el origen de la mayor parte de las asiáticas, sino que tambien lo es de la griega y la latina, de la céltica, de la germánica y de la slavona; y por consiguiente lo es asimismo de la española y de casi todas las demás lenguas de Europa, denominadas hoy por esta causa indo-europeas.

Su vastísima y fecunda literatura, contenida en mas de un millar de libros conocidos, comprende todo género de composiciones, y ha obligado á los sabios modernos á conceder á la nacion india el primer lugar en la antigua civilizacion. No parece sino que á orillas del Indo hubo de extenderse aquella tierra destinada á que el hombre representase las primeras escenas de la vida civil. En el recinto aquel, formado por altísimas montañas, encontró sosegado asilo el pensamiento, y allí asentó sus reales como ha dicho un escritor moderno. Al sol vivificante de la India hubo de nacer y madurarse la primera idea, que perfumada con todos los aromas del Oriente, atravesara en su dia los espacios, impelida por el aliento de Dios, para venir á reproducirse en el mundo occidental bajo una forma mas humana. En silencioso aislamiento buscó el indio la inspiracion y contempló la naturaleza, levantando, para penetrar sus misterios, el velo que la ocultaba á sus miradas.

La India es la tierra clásica de todo lo grande y maravilloso. Las naciones que en otro tiempo la poblaron, han sido evocadas

(1) Del apreciable y utilísimo periódico titulado *La Revista Universitaria* tomanos, con el previo beneplácito de su entendido director, este artículo que por su importancia han reproducido varios periódicos. El SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, cuya índole es popularizar los conocimientos humanos recreando á la par á sus lectores, y dar á conocer los adelantos intelectuales del país, nos ha parecido que no podia menos de decir algo sobre esta materia enteramente nueva entre nosotros; y como nada podriamos decir mas breve, mas comprensible ni mas elocuentemente, nos hemos decidido á insertarle tal como su autor le ha publicado, no pudiendo, á causa de la expresa prohibicion de este, suprimir en su artículo los dos primeros párrafos y el último, como hubiéramos deseado por las razones que adivinarán nuestros lectores.

de su tumba, y sacudiendo el polvo de los siglos se han presentado á nuestra vista, y ofrecido á nuestra admiración y al laborioso estudio del filósofo que, por medio de su lengua y de sus gigantescos monumentos, ha penetrado en ese santuario de lo antiguo, en ese inmenso panteón que encierra las reliquias de muertas civilizaciones. — Hase visto al estudiar la lengua y la literatura sanscritas, que los indios fueron dotados de viva fantasía y sentido ideal. Así lo demuestra su mitología, fundada en la contemplación poético-religiosa de la naturaleza, idealizada por la razón especulativa y reducida á la forma literaria en una magnífica epopeya, en la cual se personifican innumerables seres ideales y fantásticos. Así lo hace ver su poesía llena de sentimiento y de imágenes, poesía que como todo lo que pertenece al carácter indio, se encuentra en íntimo enlace con la religión.

Débense estos descubrimientos á la filología, que á su vez ha recibido inmensos beneficios del estudio de la lengua sanscrita, extendiendo maravillosamente el campo de sus exploraciones, y observando cómo se ramifican las diversas lenguas que sin duda han debido tener un centro común y un punto de partida, no de otro modo que la humanidad reconoce un padre común y un paraíso.

Con admirable actividad se han desarrollado estos estudios en las naciones mas cultas de Europa, haciéndose en muy corto espacio de tiempo muy serias y fecundas investigaciones sobre la lengua sagrada de la India.

En los primeros treinta años de este siglo se habian publicado ya en Europa 700 obras sanscritas de historia y de literatura; y sin embargo se dice «que los europeos apenas han podido explorar las inmensas riquezas encerradas en los libros sanscritos.» — Bien es verdad que la literatura indiana parece fuente inagotable de saber, y de ella brotan copiosos y armoniosísimos raudales de ciencia y poesía. — Los cuatro libros de los *Vedas*, que son los mas antiguos y reputados por divinos, contienen cuatro colecciones de himnos religiosos y oraciones; reglas sobre el orden de los sacrificios; doctrinas y sentencias morales: son la materia del estudio é interpretación de los *brahmanes*.

El *Dharmasastra de Manú* es el Código moral y civil del Indostan; contiene los preceptos y leyes sobre la educación, el matrimonio, el culto, el gobierno, la administración de justicia, etc.

Los 18 *Puranas*, especie de comentarios á los *Vedas*, voluminosos tratados de teogonía y cosmogonía, forman como una serie de enciclopedias de las creencias y de la ciencia indiana.

Los *Upanichads* tratan mas especialmente de la parte dogmática de los *Vedas*.

En los *Upanichads* y *Vedangas* aparecen los indios como los verdaderos inventores del sistema decimal, que pasó al Occidente por medio de los árabes, y como fundadores del álgebra y de la astronomía.

Consiste además la literatura profana en gigantescas epopeyas, formadas en los tiempos heroicos de la India, como el *Ramayana* y el *Mahabárata*; en poemas pastoriles, eróticos y dramáticos; leyendas y tratados científicos y filosóficos en que se ve que los sistemas de Pitágoras, Platon y Aristóteles han tenido su origen en la India, siendo sus inventores Capila, Vyasa y Gautama.

Bastan estas ligeras indicaciones para comprender la importancia de la real orden que al principio hemos citado, y que indudablemente producirá grandes beneficios á la instrucción pública, y para justificar nuestra felicitación al señor de Assas que está llamado á propagar en España el estudio de la lengua y de la literatura sanscritas.

F.

EPISODIO HISTÓRICO DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

Extractamos de una narración que en lengua flamenca publicó el francés J. Esquemeling, navegante que en la segunda

mitad del siglo XVII surcó los mares americanos, el siguiente episodio histórico, reducido á la conquista por los franceses de la isla de la Tortuga.

Esta, situada al norte de la Grande isla Española, cerca de la Tierra firme, en la altura de 20 grados y 30 minutos, fué primitivamente habitada por los españoles que la dieron el nombre á causa de tener la forma de un galápagos de mar.

La primera entrada de los franceses en ella fué del modo que sigue.

Habiendo plantado estos en la isla de San Cristóbal cierto género de árboles, hicieron unas gabarras y barcos largos que enviaron hacia el poniente, bien provistos de gente y municiones, á descubrir otras tierras. Llegaron estos buques á la isla Española, á la cual abordaron con alegría, saltando en ella, y metiéndose tierra adentro: hallaron grande abundancia de ganados, de toros, vacas, jabalíes y caballos; mas considerando que de esto no podían sacar provecho sin hacer corrales en que encerrar las reses, y conociendo que la Isla estaba muy poblada de españoles, acordaron tomar la de la Tortuga. Hicieronlo sin mucha resistencia por no hallarse en ella mas que 10 ó 12 españoles que la guardaban, y estuvieron allí medio año sin estorbárselo nadie. Pasaban con sus canoas entre tanto á la Tierra Mayor, de la cual conducían á ella mucha gente, con que comenzaron á hacer plantaciones en toda la Isla. Viendo los pocos españoles que allí estaban irse aumentando diariamente el número de los franceses, y pesándose de ello, llamaron á otros compatriotas de las tierras vecinas, que acudieron en bien armadas gabarras para echar de la Isla á los advenedizos. Los franceses viendo venir gran número de enemigos huyeron por de pronto, con todo lo que tenían, á los bosques, y luego se embarcaron de noche en sus canoas y pasaron á Tierra firme, en donde, hallándose desembarazados por no tener el estorbo de mujeres ni de niños, se metieron en las selvas á buscar el indispensable sustento, y con el objeto de avisar en secreto desde ellas á otros de su país, teniendo por seguro el poder pronto impedir á los españoles el fortificarse en la isla de la Tortuga.

Buscaron los españoles á los recién venidos para arrojarlos de la Española ó hacerlos morir de hambre; pero fueron rechazados por los franceses que se hallaban muy bien provistos de pólvora, balas y buenos mosquetes. Aguardaron estos la ocasión en que sabían que los españoles debían salir para la Tierra Grande con sus armas y gente en busca de los franceses, y entonces volvieron á la Tortuga y la despojaron de los pocos españoles que habian quedado, preparándose á impedir la entrada para el caso de que los últimos quisieran tornar. Pidieron socorro al gobernador de San Cristóbal, suplicándole que al mismo tiempo les enviara quien los gobernase, para poder unirse y sujetarse mejor en todas las ocasiones y contingencias.

El general de San Cristóbal oyó con mucho gusto estas peticiones, y envió á Mr. Le Vasseur en calidad de gobernador, con un navío lleno de soldados y de todas las cosas necesarias para establecerse é impedir que los de otra nación lo hicieran. Mr. Le Vasseur, en cuanto llegó á la Isla, hizo construir sobre un peñasco una fortaleza, desde la cual podía impedir la entrada y abord de las embarcaciones que pudieran tratar de venir al puerto. Para subir á dicho fuerte hay que ir casi trepando por un tan estrecho camino, que solo pueden pasar por él dos personas de frente, y con trabajo. Hay en medio de este peñasco una concavidad que sirve de almacén, y sobre él se puede con gran comodidad establecer una batería. El nuevo gobernador mandó poner allí dos piezas de artillería y edificar una casa dentro de la fortaleza; y después de verificado esto, hizo cortar el camino y poner para la subida una escala. Dentro de la fortaleza hay una copiosa y cristalina fuente, que siempre corre en abundancia suficiente para surtir á mil personas. Con semejantes comodidades y seguridad los franceses comenzaron á poblar y cada uno empezó á buscar su modo de vivir, unos cazando, otros plantando tabaco, y otros cruzando las costas de las islas de España, como todavía lo hacen.

Erales insufrible á los españoles que unos extranjeros pobla-

sen allí tanto, temiendo los echasen, con el tiempo, de la Grande isla. Aguardaron pues á que muchos de ellos saliesen al mar y otros á la caza, y con 800 soldados en unas canoas que habian preparado, abordaron la tierra sin ser percibidos por los franceses; pero viendo que el gobernador habia hecho cortar muchos árboles para mejor descubrir al enemigo en caso de asalto, conocieron que nada podian emprender, con seguridad del éxito, sin hacer jugar la artillería; y conferenciaron para decidir á dónde seria conveniente colocarla. Convinieron en que, pues los advenedizos habian cortado los árboles que encubrian la fortaleza, y que solo podian cañonearla desde la cumbre de un monte que estaba á la vista, era preciso hacer un camino para llevar á él las piezas: el monte es algo eminente, y desde la meseta que constituye su cima, se descubre toda la Isla: sus faldas son muy escabrosas por lo ceñido que le tienen infinidad de rocas inaccesibles, de manera que la subida es muy difícil, y siempre lo hubiera sido si los españoles no se tomaran el trabajoso afán de hacer dicha senda.

Tenian consigo los antiguos pobladores muchos esclavos y trabajadores indios llamados *matates*, es decir, *medio amarillos*, á quienes dieron orden de abrir con picos un camino por las peñas: ejecutáronle con la mayor presteza que les fué posible, y por él subieron los españoles dos cañones con muchos gi-

pos, y establecieron una batería con la cual al día siguiente cañonearon el fuerte. Descubrieron los franceses esta empresa y dieron aviso á sus parciales para que los ayudasen. Juntáronse los cazadores y piratas que se hallaban cerca, y llegada la noche entraron en la isla de la Tortuga, y á favor de la oscuridad de la noche subieron á donde los españoles estaban, siéndoles fácil por estar acostumbrados á hacerlo. Llegaron arriba á tiempo que otros de los suyos, habiendo tambien subido, se preparaban á hacer fuego, sin saber los unos que los otros los secundaban. Cogiendo así á los españoles por la espalda, los derrotaron é hicieron precipitar á la mayor parte desde lo alto de las rocas, y pasaron á cuchillo á los que arriba quedaban la falda del monte, al oír los gritos y lamentos que en lo alto lanzaban sus compañeros, conocieron que allí pasaba algo de terrible, y huyeron por el mar sin esperanza de recobrar jamás la Isla.

Los gobernadores franceses de la Tortuga conservaron el mando como propietarios y señores absolutos hasta que, en el año de 1664, la Compañía Occidental de Francia tomó posesion de ella, y puso por gobernador á Mr. Bertrand Ogeron, plantando para sí aquella colonia con sus comisarios y criados.



Doña Mencía de Mendoza.

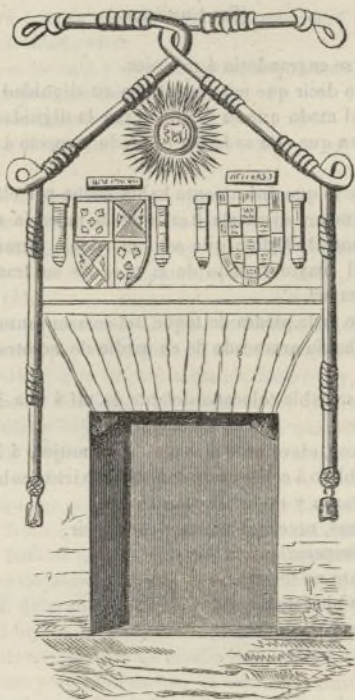
LOS AHORROS DE UNA CONDESTABLESA DE CASTILLA.

La muy ilustre señora Doña Mencía de Mendoza, condesa de Haro, hija de Don Íñigo Lopez de Mendoza y de Doña Catalina de Figueroa marqueses de Santillana, y esposa de Don Pedro Fernandez de Velasco condestable de Castilla, vivia en «la muy noble y muy mas leal ciudad de Burgos,» en el tiempo que reinaban en Castilla y Aragon los muy insignes Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

Cuéntase en Burgos como cosa auténtica, que en tanto que

el ilustre Condestable estuvo guerreando con los moros, su munífica esposa hizo tales economías, que con sus ahorros erigió dos magníficos edificios, compró un bosque é hizo en él construir una casa de pequeñas dimensiones, pero de elegante arquitectura. Aludiendo á estas obras y adquisición, dijo á su marido al salir á su encuentro de vuelta de la guerra: — *«Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar, y capilla en que te enterrar.»* — La capilla es la llamada del Condestable, que puede con razon decirse ser la joya de la Catedral de Burgos: — la quinta se denomina la casa de la Vega, cerca de la

iglesia de Gamonal; — y el palacio es *la casa* apellidada del *Cordon*, por tener este figurado de relieve en su portada del modo que se vé en el adjunto grabado.



Puerta de la casa del Cordon en Búrgos.

La figura que encabeza este artículo presenta el traje y adornos de Doña Mencía, copiados de su retrato que se vé en la capilla mencionada.

A.

EXCENRICIDAD INGLESA.

Es cosa que sucede frecuentemente en Madrid, como en el resto de España y fuera de ella, ver á algun inglés que pasa largo tiempo mirando de hito en hito algun cuadro, estatua, monumento arquitectónico ú otro objeto notable. Muchas gentes admiran el entusiasmo artístico del perseverante observador, y no pocas veces juzgan que debe ser muy entendido en materia de arte. Nosotros podemos asegurar que, por punto general, esta creencia es un completo error.

¿Pues qué hace, (nos preguntarán), en qué piensa aquel individuo que parece absorto en el estudio de una de las mejores producciones de un célebre artista ó en saborear interiormente sus bellezas?

Muy fácil nos será el contestar á semejante pregunta.

Apenas habrá un inglés que antes de emprender un viaje, especialmente si es á un país extranjero, no se provea de un libro de los conocidos con el título de *Guía del viajero*. Estos guías, que suelen estar hechos con datos bastante exactos, llaman la atención del lector hácia todos los objetos dignos de ella; y como sus inteligentes redactores, siendo ingleses, conocen bien el carácter de sus paisanos, apuntan en verdad el mérito y las bellezas del objeto artístico para los pocos que tienen el sentimiento ó la inteligencia del arte; pero para los demás tienen mucho cuidado de no olvidar nunca el precio mas subido que se ha ofrecido ó pagado por él. Casi todos los ingleses juzgan del mérito de tales obras por su precio, como lo hacen con otras cosas, no queriendo nunca sino lo que cuesta

mas caro; así, no los vereis detenerse delante de los cuadros de ciertos pintores que, aunque sean de primer orden, se han vendido comparativamente baratos, ya á causa de la fecundidad del autor, ya por haber vivido este en la miseria, ó ya por cualquier otro motivo. Notad por ejemplo, en el Museo de pintura y escultura del Prado, que casi todos se detienen delante de los mismos cuadros, y que estos han sido pagados ó solicitados en alguna ocasion á precios exorbitantes. Ahora bien, ¿quereis saber qué género de meditaciones son á las que, delante de aquellos cuadros se entregan los *excéntricos* hijos de la orgullosa Albion? Pues vamos á decíroslo. Ya habeis conocido por las premisas enunciadas, que el punto de partida de sus reflexiones debe ser el precio. — «Este cuadro (dice el inglés entre sí) ha costado tantas libras esterlinas..... ¡Debe de ser una *cosa excelente!* (*capital thing*). — Con las libras esterlinas que ha costado, se podría comprar tal barco..... ¡Debe ser cosa excelente! — Se podría si no comprar un cargamento de tal cosa que produciria tal suma..... ¡Debe ser excelente! — O se podría poner en Londres tal establecimiento que al cabo de tantos años produciria tanto, lo cual es un inmenso capital..... ¡Debe ser excelente! — O se podría comprar una casa que produjese, al tanto por ciento, tal cantidad, con lo cual se podría vivir bastante bien ayudándose con su trabajo..... ¡Debe ser excelente!»

Estas, ú otras análogas, son las reflexiones que á la mayor parte de los ingleses en tales casos los absorben acaso horas enteras, haciendo no pocas veces prolongadas operaciones aritméticas, que por cierto tienen bien poco de artísticas.

Su entusiasmo por la música es del mismo género: incapaces en general de comprenderla, y por lo mismo mucho menos de crearla bella, llenan las localidades de sus teatros de ópera italiana, porque les cuestan caros, y aplauden á los artistas que en otras partes han adquirido reputacion, porque se hacen pagar á precios muy grandes.

Podríamos añadir harto mas; pero basta lo dicho para preocupar á muchos que, no conociendo el carácter ánglico, admiran falsamente en ellos una inteligencia y un entusiasmo que creen generales entre los británicos, y que, como en otras muchas partes, está limitado á un corto número de personas.

NOTABLES PARTICULARIDADES DEL CASAMIENTO DE LOS REYES CATÓLICOS.

El matrimonio de Fernando é Isabel se hizo de un modo muy singular. Despues de haber sido esta princesa ofrecida al príncipe de Viana Don Carlos, hermano mayor de Fernando, cuya vida y desgracias son tan interesantes en la historia de España; despues de haber sido solicitada por Alfonso, rey de Portugal, por el duque de Guiena hermano de Luis XI, rey de Francia, y por el hermano de Eduardo, rey de Inglaterra; se decidió Isabel por el jóven Fernando, heredero del trono de Aragón, y á la sazón ya rey de Sicilia. Era necesario engañar á su hermano Enrique IV, que aun ocupaba el trono de Castilla, y se oponia formalmente á este casamiento.

El arzobispo de Toledo Carrillo se encargó de arreglarlo todo: sacó á Isabel de la corte y la puso en seguridad en Valladolid: despues avisó con el mayor secreto al rey Fernando que viniese disfrazado y acompañado solo de cuatro caballeros.

En cuanto llegó el novio, se celebró el matrimonio con la mayor sencillez, y con el mas profundo secreto. Los nuevos esposos, que debian tener un día dominios en ambos hemisferios, se vieron precisados á pedir á sus criados dinero prestado para pagar los pequeños gastos de sus bodas, y á separarse poco despues á larga distancia.

Enrique IV se encolerizó cuando supo tal acaecimiento; y á esto atribuyen algunos las turbulencias, facciones y guerras civiles que agitaron el fin de su reinado y el principio del de los Reyes Católicos.

RASGO DE GENEROSIDAD DE LOS MOROS.

Garcí Gomez, gobernador de la ciudad de Jerez, á principios del reinado de Alfonso el Sabio, defendiendo la ciudad, sitiada por los muzlimes granadinos, no queria entregarse á pesar de hallarse casi aniquilada la guarnicion. Lleno de sangre y cubierto de flechas, en pié sobre el adarve sostenia él solo el choque de los enemigos que daban el asalto. Los moros convinieron unánimemente en no matar á tan gran héroe: le echaron ganchos de hierro, le arrebataron á pesar suyo, le trataron con respeto, curaron sus heridas y le dieron libertad, numerosos regalos de gran valor, y salvoconducto para reunirse con su rey.

PERSONAS QUE LEYERON MUCHAS VECES UN LIBRO.

Passeracio dice, en un prefacio suyo, que habia leído á Plauto 40 veces, y que jamás se fastidió de su lectura.

Uno de mis amigos me dijo en muchas ocasiones que habia leído á Terencio 80 veces; y era fácil creerle, porque no se le podian citar cuatro palabras de este poeta sin que continuase recitando toda la escena en que se hallaban las palabras citadas.

Otro habia leído mas de 50 veces á Virgilio con las notas de Servio, de Donato, de Pontano, de la Cerda, de Germano Valens, de Taubman etc.

Alfonso el Sabio, rey de Castilla y de Leon, hijo de Fernando III, leyó 14 veces toda la Biblia con los comentarios, y la hizo traducir al castellano.

Un célebre obispo asegura, en la Oracion fúnebre de Mr. de Montausier, que este duque habia leído 113 veces el Nuevo Testamento, con toda la aplicacion respetuosa que se puede tener.

¿Pero qué diremos del jefe de una secta, que no era ni sumo pontífice ni imán acem, y que habia leído hasta 7.000 veces el Corán en la larga prision en que murió? Este fué Abu Hanifah al Numan Ebn Thabet, que nació el año 80 de la Egira, y falleció el de 153; el año 151, ó segun Abul Farase y Ebn Chalecan, el año 150 de la Egira, que corresponde al de 767 de Cristo.

M. C.

En la batalla de Nérvinde, el Mariscal de Luxemburgo viendovolver del combate á un soldado de guardias, que habia dejado su batallon, le preguntó *¿á dónde iba?*— Señor (respondió el soldado abriendo el vestido para enseñar una profunda herida) *voy á morir á cuatro pasos de aquí, contento de haber expuesto y perdido la vida por mi príncipe, y de haber combatido bajo el mando de un general tan digno como vos; y puedo asegurar en el artículo de la muerte, en que me hallo, que no hay uno de mis camaradas que no esté penetrado de los mismos sentimientos.*

Entre las hipérboles de los historiadores griegos es digna de notarse la de Herodoto, que al pintar lo numeroso del ejército de Jerjes dice serlo tanto que para beber secaba los rios. — ¿Y dónde (le preguntáramos) podia encontrar los víveres necesarios para tal cantidad de diluyente?

No lo es menos la de que Arquímedes quemase por medio de lentes, con los rayos del sol, las naves de Marcelo á la distancia de 3.000 pasos. Ningun motivo hay para creer que la física ni la fabricacion de objetos de vidrio, y mucho menos de cristal, se hallasen á la sazón mas adelantadas que ahora, y sin embargo, hoy mismo es imposible quemar naves, con semejante medio, ni aun á la mitad de la distancia susodicha.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Amparo se engrandecía á mis ojos.

No puedo decir que me humillaba su dignidad, porque la amaba de tal modo que su dignidad era la dignidad mia; pero la posicion en que ella se habia colocado respecto á mí me desesperaba.

¿Con que lo que únicamente habia hecho por ella habia sido dárle la mano, ayudarla á salir de la precaria situacion en que se encontraba? ¿Con que solo me debia agradecimiento? ¿Con que el mayor trabajo de la obra de su transformacion habia sido suyo?

El dinero es la piedra de toque del corazon humano.

Amparo habia arrancado de en medio de nosotros dos el dinero.

Amparo se habia colocado delante de mí á una inmensa altura.

Elevándose, elevó ante mis ojos á la mujer, á la humanidad, y me obligó á confesar que existia la virtud sobre la tierra.

Y mi corazon y mi cabeza me decian:

— La amas, necesitas su amor para vivir.

Y mi desesperacion me decia:

— Amparo no te ama.

Entonces blasfemaba yo.

— ¡No hay Dios, decia!

Fuí á verla.

Habian pasado ocho dias desde mi visita de vuelta de viaje.

Tiré con fuerza de la campanilla y me hice anunciar.

Amparo salió hasta el recibimiento y me tendió la mano con la mayor naturalidad.

— Otra vez no pida V. que le anuncien, me dijo sonriendo.

Y me llevó á la sala asido de la mano.

El contacto de aquella preciosa mano, que estrechaba dulcemente la mia con una noble confianza, como se estrecha la mano de un protector á quien se ama, me causaba una impresion que en vano querria explicar: parecíame que aquella mano me trasmitia otra vida mas pura, mas fácil; me embriagaba en un goce lánguido y tranquilo.....

Indudablemente yo estaba enamorado de remate y divinizada todo lo que pertenecía á Amparo; todo lo que emanaba de ella.

Pero yo iba preparado, y tuve bastante fuerza de voluntad para no mostrarme ni mas ni menos interesado por ella que como lo estaba seis años antes.

Ella estaba perfectamente tranquila, alegre, confiada y retenia mi mano en la suya, no como la retiene una amante, sino como retiene una hija la mano de su padre, de quien ha estado separada muchos años.

La contemplé durante algun tiempo sin perder ni un instante el cuidado de mí mismo, temiendo que una mirada, un accidente cualquiera la hiciese conocer el verdadero interés que me inspiraba.

Yo era entonces un cómico que representaba dolorosamente su papel.

— Me alegro, la dije al fin.

— ¿Y de qué se alegra V.? me contestó mirándome con gravedad.

— Me parece que eres feliz.

— ¡Oh! sí; completamente feliz, me contestó; ya lo creo; al cabo le tenemos á V.

— ¡Le tenemos! exclamé con extrañeza.

— Sí, sí por cierto, el padre Ambrosio y yo. Y aun el mismo Mustafá, mirele V. echado entre nosotros y mirándole de hito en hito. A pesar de que es ya viejo no se ha olvidado de V.;

no es V. para él una persona desconocida.... ¿Ha ido á verle á V. el padre Ambrosio?

— No por cierto, y me hubiera alegrado mucho de verle.

— No se habrá atrevido.... es tan tímido.

— Yo iré á verle cuando salga de aquí; pero es necesario que me digas dónde vive.

Amparo se levantó y escribió las señas que me entregó.

Tenia un precioso carácter español.

— Escribes muy bien, la dije.

— Es mi obligacion. ¿Se olvida V. de que soy maestra de escuela?

— Quisiera verte entre las niñas.

— Eso no puede ser. Pero figúrese V. que me vé: toda una madre de familia: me pongo muy seria, riño mucho, las castigo con tratarlas secamente y las premio con un beso.

— ¡Ah! ¡Ah!

— Y paso buenamente la vida: no sé si es soberbia, pero se me figura, creo que el magisterio cuando se ejerce sobre niños es un sacerdocio que impone sagrados deberes; ¡y es tan dulce el cumplimiento del deber! Y cuando un ser cuya razon empieza á desarrollarse bajo nuestra influencia es una niña, todo cuidado es poco, porque de la niña se hace la mujer, la madre de familia, y la madre de familia, mal que les pese á los que niegan toda participacion á la mujer en el desarrollo social, es la que siembra el fruto que ha de coger la sociedad: formad buenas madres de familia y habreis formado una generacion llena de virtud, de entusiasmo, de valor, de abnegacion, de amor patrio, de virilidad, de grandeza: los hijos son la madre: si la madre es buena, el hijo es bueno; pero si la madre ha dado á sus hijos el pernicioso ejemplo de las discordias domésticas, la falta de sufrimiento y de abnegacion, el escándalo continuo, el repugnante espectáculo de preferencias odiosas respecto á este ó al otro de sus hijos; si esos jóvenes corazones no han tenido ningun buen ejemplo que imitar; si solo han debido á su madre un amor indiscreto y caprichoso, caricias exageradas, castigos inmotivados, se pervierten, se desnaturalizan embotando ó perdiendo todos sus buenos instintos y constituyendo un ser artificial formado por una mala educacion. ¡Oh! ¡Las madres! ¡Las madres!

Y Amparo inclinó la cabeza profundamente pensativa.

Como ven mis lectores nuestra conversacion no podia ir mas apartada del punto á que mi amor hacia Amparo hubiera querido llevarla.

Este alejamiento de nuestra conversacion de mi idea fija, me favorecia ayudándome á mantenerme firme.

Durante dos horas, Amparo, haciendo casi sola la conversacion, me dejó conocer cuánto valia su moral: vinimos al fin á recaer en mis viajes; me preguntó acerca de las civilizaciones extranjerías, y sin haber hablado ni una sola palabra de su pasado ni de sus proyectos me despedí de ella.

Fuí á ver al padre Ambrosio algunos dias despues.

Cuando entré en la casa de vecindad, al primero á quien pregunté me indicó la puerta del aposento del exclaustro.

Al asomar á ella, dí un paso atrás.

Le habia sorprendido.... mondando patatas.

Pero ya era tarde.

El padre Ambrosio me vió, se levantó, dejó sobre una pequeña mesa el plato donde tenia las patatas mondadas y me salió alegremente al encuentro; con timidez sí, pero no con una timidez de vergüenza, sino con su timidez característica.

— ¡Ah! exclamó V. por aquí, cuánto me alegro. Yo debiera haber ido á verle á V.

— ¡Oh! de ningun modo....

— Sí, sí, pero no me he atrevido.

— Ha hecho V. muy mal en no.... atreverse.

— Dejemos, pues, estos cumplimientos: yo me alegro mucho de verle á V.: ¿y cómo le va á V.?.... Siéntese V. aquí en el sillón...., póngase V. el sombrero...., así....: ¿y qué me dice V. de nuestra hija? añadió sentándose en una vieja arca:

es un prodigio....; á mí ha acabado por hacerme feliz, me ha regenerado....: ¡qué niña, Dios mío, qué niña! Ya puedo morir tranquilo, porque Amparo no necesita ya de nadie, de nadie mas que de Dios.

— ¡Me pregunta V. qué pienso de Amparo! contesté: con V. puedo ser franco: pienso lo que piensa un hombre de una mujer que realiza todos sus sueños, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: de la mujer á quien ama.

— ¡Ama V. á Amparo! exclamó el padre Ambrosio poniéndose mortalmente pálido.

— Sí, la amo con toda mi alma.

— ¿Y se lo ha dicho V.?

— No, ni se lo diré nunca.

Se tranquilizó el padre Ambrosio.

— Yo habia previsto desde hace mucho tiempo, me dijo, que V. acabaria por amarla, y me halagaba la esperanza de que mutuamente se harian VV. felices. El amor en V. le ví yo nacer hace seis años y.... Pero á que soñar.... Amparo no seria feliz con V.

— ¿Ama acaso á otro?

— Yo creo que sí.

— Yo tambien lo he creído.

— Sufre.... Algunas veces la he sorprendido llorando, y he comprendido la causa de sus lágrimas: he comprendido que estaba enamorada. Un dia la sorprendí mirando un retrato.

— ¡Un retrato! ¿Pero de quién?

— No lo sé. Al verme se puso vivamente fencarnada, se volvió y ocultó el retrato en el pecho. Yo nada la pregunté, nada la dije. Amparo, con la fuerza de voluntad que Dios la ha dado, se serenó, y nada me dijo del retrato, ni de mi sorpresa involuntaria; dejé pasar algunos dias, y á la primera confesion la dije:

— Tú sufres, Amparo.

— Tengo el alma triste, me contestó.

— ¿Tienes triste el alma, porque amas?

— Yo.... No señor.... No amo á nadie: yo no puedo amar: yo no daria á mis hijos una madre sin nombre.

— Sé franca conmigo, repuse: ¿amas acaso á tu protector?

— ¡Qué si le amo!.... Ya se vé que le amo, me contestó con la mayor naturalidad: acaso ¿no es mi padre?

— No, no me refiero yo á ese amor, sino á otro mas íntimo: al amor que tiene una mujer al hombre de quien desearia ser esposa.

— No, no le amo así, ni le podria amar nunca de ese modo; me lo impediria el respeto que me inspira.

— Pues, si no amas á tu protector, ¿á quién amas?

— A nadie.

— ¿Y el retrato que ocultaste al verme el otro día?

— ¡Ah! ¡el retrato de mi madre!

— El retrato de su madre, exclamé interrumpiendo al religioso; pues que, ¿ha encontrado Amparo á su madre? ¿Habría alguna razon que la impida?....

— Lo mismo la pregunté; pero ella me contestó: es el retrato fantástico de mi buena madre, con quien sueño todas las noches; en quien pienso todos los dias; un rostro que yo he dibujado recordando mis sueños.... Mañana le verá V.

No supe que contestar.

La hacia llorar la vista de la reproduccion material de un fantasma.

En efecto, al dia siguiente me mostró una bellissima cabeza de mujer como de cuarenta años, y habia allí algo.... en el semblante triste de aquel fantasma estaba el alma de Amparo.

Calló el religioso, y yo quedé profundamente pensativo. Me habia dado á conocer un nuevo rasgo del carácter romanesco de Amparo.

— Pues bien, si ella no puede amarme, le dije, continuaré comprimiendo dentro de mi corazon el amor que me inspira: procuraré que no salga delante de ella ni en mis palabras, ni en mi mirada, ni en mi semblante la mas leve manifestacion de ese amor. Si no puedo vencerle, volveré á mis viajes.

— Mucho me temo que no sea ella la primera en apartarse de nosotros.

— ¡Cómo!

— Ella ama: estoy seguro de ello: y ama con toda la vehemencia, con toda la firmeza de su alma: una de dos, ó la persona á quien ama no repara en ella, ó no pertenece á esta vida. Amparo.... acaba de decírmelo hoy por la mañana, está resuelta á meterse en un convento, y me ha mandado practicar las prietas diligencias.

— ¡Oh! No, de ningún modo, exclamé. ¡Monja! ¡Monja Amparo! No puede ser.

— Ya es tarde, me dijo: es necesario decir á V. toda la verdad. Iba á decírsela á V.; pero al revelarme V. que la amaba.... temblé.... callé, no me atreví....; pero.... en quince días que han pasado desde que la vió V. por la última vez, Amparo ha entrado en un convento, y dentro de tres días mas debe tomar el hábito de novicia. Esta mañana me dió esta carta para V. ¿Comprende V. ahora por qué no me atrevía á ir á su casa?

Yo estaba aterrado, y apenas pude leer una carta que me dió el padre Ambrosio y que contenía estas palabras:

«Convento de.... Perdone V. si por mí misma he tomado tan grave resolución. Yo no podía permanecer mas en el mundo, y V. se opone formalmente á que yo entre en el claustro. Perdoneme V. otra vez. Pero mi corazón necesita paz y he venido á buscarla á esta santa casa. = Su siempre agradecida, Amparo.»

Sin despedirme del padre Ambrosio salí, comprimiéndome las sienes con las manos.

Mi cabeza se rompía.

Aquella carta había sido para mí un golpe de muerte, y apenas pude salir á la calle.

No sé lo que me sucedió: solo recuerdo que al volver en mí me encontré en un lecho extraño rodeado de una familia desconocida, y con un médico á la cabecera.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Fantasia.

Á MI QUERIDO AMIGO DON MANUEL IBO ALFARO.

¿Dónde será el placer, amigo mío,
De entraña que el dolor ha desgarrado,
Corazón que adoró con desvarío
Y halló su amor y su esperar burlado?
¿Quién da miel á la hiel de oculto duelo,
Y al corazón la fé de los amores,
Al alma la esperanza sin recelo,
Luz á la mente y al deseo flores?
¿Quién les vuelve á las horas la ventura
Del juvenil afán, y aquel respiro
Dulcísimo de amor, que nos augura
La eternidad del goce en un suspiro?
¿Quién anima y enciende blanca estrella
Sepultada su luz en noche umbría,
Olvidada reliquia triste y bella
Que echa de menos su existir de un día?
¿Quién secará mis lágrimas si lloro
Desdenes de mujer que el alma adora?
¿Quién me dará las ilusiones de oro
Y el dulce rayo de mi blanca aurora?
¿Quién me dará las horas que he perdido,
Llagado el corazón y el alma inquieta;
Y quién comprenderá, ni ha comprendido,
El alma dolorida del poeta?
Dejame, pues, vivir en el pasado,
Al pálido alumbrar de mi memoria:
En las cenizas, que la muerte ha helado,

Quiero buscar la estrella de mi gloria.

Si en las sombras del tiempo va escondida,

Si no le ha visto nadie ni ha lucido,

Yo la hallaré, y alumbraré mi vida,

Eterna fé del que la fé ha perdido.

Ven conmigo á llorar. Tú tienes alma

Y sueñas un laurel para tu frente:

Ven, dulce amigo, y que la misma palma

Gloríe un alma que lo mismo siente.

Juntos corramos la escabrosa vía

Que al templo lleva donde el genio mora:

Bella esperanza nuestros pasos guía:

La oscura noche encontrará su aurora,

Juntos hagamos el erial camino,

Y aliente el fuerte al que le falte aliento:

Con fuerza igual y con igual destino,

¿Quién sabe dónde irá nuestro ardimiento?

¿Quién sabe si, á un esfuerzo sobrehumano

Que al genio ilustre y la razón asombre,

Irá á posarse el pensamiento hermano

Donde no puso el pensamiento el hombre?

No desmaye tu fé, que Dios lo ha escrito

En el fulgor de misteriosa Estrella....

Si muero de dolor, noble palpito

Y noble sigo de su luz la huella.

Tú la sigues también y también sientes

El hervir de un volcán en tus anhelos,

Y alas de fuego, el pensamiento, ardientes

Lleva también á sus hermosos cielos.

Ven conmigo á llorar. Tú tienes alma

Y sueñas un laurel y eterna historia;

Ven, dulce amigo, y que la misma palma

Preste sus lauros á la misma gloria.

BIENVENIDO V. CANO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

En tiempo del emperador Carlos V el estandarte español fué llevado en triunfo hasta el mas remoto confin.

Geroglífico.



Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.